

SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: GALERIA DE CELEBRIDADES: Antonio Van Dyck, por P. Chevalier.—Borgoñon en Egipto, por A. Mery.—SECRETO DE TOCADOR: Receta para conservar la boca limpia y sana.—CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen tiempo, por Arturo Mangin.—Edgardo Poe y sus obras, por Julio Verne.—Ex-

pedicion al centro de la Florida, por H. de la Blanchère.—Ana Severin, por Mad. Craven.—JARDINERÍA DE SALON. Ventilación.

GRABADOS: Van Dyck. Un huracán en las Antillas. Viaje de Hans I'faall á la luna. Jardinería.



ANTONIO VAN DYCK.

GALERIA DE CELEBRIDADES.

ANTONIO VAN DYCK,

POR

PEDRO CHEVALIER.

Nos hallamos en Amberes, en 1610, y en la trastienda de una lencería.

Una mujer joven, de rostro bello é inteligente, trabajaba con su hijo, hermoso rapaz de once años, tan hermoso, que su madre le daba besos y abrazos á cada instante, encontrándole mas gracia y elegancia que si fuese hijo de un rey.

Mas ¿qué hacian aquella maestra y aquel discípulo en tan reducido chiribitil? ¿Median tela? ¿devanaban hilo? ¿repassaban cuentas por partida doble? Nada de eso. Estudiaban el dibujo y la pintura.

Ora se ponía de pié la madre delante de un caballete, y daba algunas pinceladas á un cuadro de género gracioso; ora se sentaba tomando la aguja y acabando un bordado de filigrana de delicadeza y gusto esquisito. Esta obra modesta pertenecía tambien al arte, pues con los arabescos del encaje se mezclaban figuras de rara belleza.

El niño dibujaba una testa, copiando un modelo de Rubens, colocado encima de un fardo de lienzo de Holanda.

Al cabo de una hora otra persona entró en la trastienda, y fué á examinar el trabajo de su familia. Era el marido de la bella profesora y el padre del discípulo. Y sin embargo, nada denotaba en él al lencero, pues su mirada inteligente, apostura, y hasta el traje que llevaba le proclamaban artista. Traía en la mano, no una muestra de tela, sino un vidrio pintado de colores maravillosos.

—No cabe duda,—dijo despues de un atento exámen,—nuestro Antónico será un maestro; es necesario educarlo en casa de Enrique Van Balen.

Gozoso el chico saltó al cuello de su padre, y luego abrazó á la madre, que lo devoró á besos mas que nunca.

—Tambien eres tú una maestra,—repuso el lencero admirando el bordado y el cuadro.—No se ha visto nunca pasar así de las obras maestras de la aguja á las obras maestras del pincel, y si algun dia Van Dyck alcanza talento y gloria, los historiadores dirán que debió ambas cosas á las lecciones de su madre.

Acabamos de escribir el nombre insigne de este niño. Era en efecto Antonio Van Dyck, uno

de los pintores mas ilustres de la escuela flamenca y de todas las escuelas del mundo.

Su padre, que en otro tiempo se ocupaba en iluminar vidrio, trocado en aquella fecha en mercader ó tendero de Amberes, lo presentó el dia siguiente al taller de Van Balen, desde el cual pasó en 1615 á casa del inmortal Rubens.

Despues de algunos años de asiduo trabajo y de progresos asombrosos, presentósele un dia ocasion de dar á conocer su capacidad á sus discípulos y á su propio maestro.

Además de la sala grande en que trabajaban sus discípulos, tenia Rubens un taller reservado, donde pintaba solo sus lienzos capitales, y del que dejaba la llave, cada vez que salía, á su antigua y fiel criado Valveken. Cierta dia que el gran hombre daba su prolongado paseo á caballo, Valveken se permitió abrir aquel santuario á los discípulos, que pudieran extasiarse á su sabor ante el famoso cuadro del *Descenso de la Cruz*, terminado en sus partes mas admirables. Disputaron los mejores puestos ó puntos de vista, con tal ardor, que uno de ellos, Diepenbeke, derribado en la pugna, fué á dar en el lienzo, y borró con su vestido el brazo de la Magdalena y la barba y mejilla de la Virgen.

Calcule el lector la consternacion que se apoderaría de los discípulos de Rubens. ¿Qué hacer? ¿cómo ocultar ó desmentir tal desgracia, tal profanacion? ¿Cómo repararla antes del regreso y de la cólera del maestro?

—Amigos,—dijo Van Hoeck,—no hay mas que dos partidos; huir todos de vergüenza y no volver por aquí, ó armarnos de audacia y emplear las tres horas de dia que nos quedan para repintar lo que hemos destruido. ¿Quién de vosotros tendrá valor y talento para ello? Yo me conceptuo incapaz, y designo á Antonio Van Dyck.

Los otros apoyaron por aclamacion tal parecer. Van Dyck se defendió lo mejor que supo; pero al fin tuvo que ceder y tomar el pincel... el pincel de Rubens!... Tembló y perdió el color por mas de cinco minutos; quiso probar, retrocedió, é invocando á Dios y el recuerdo de su madre, puso, en fin, manos á la obra, con la resolucion del desesperado.

Al espirar el dia, la Magdalena y la Virgen estaban perfectamente restauradas, y Van Dyck, medio desmayado, salía con sus camaradas á tiempo que Rubens bajaba del caballo á la puerta del taller.

No entró en él hasta el dia siguiente, haciendo

entrar tambien á todos sus discípulos para que vieran su obra. Nuevo terror de los desgraciados, y señaladamente de Diepenbeke y Van Dyck.

Pero júzguese del triunfo y placer de Antonio, al oír que Rubens les dijo estas palabras, que habían de hacerse históricas:

—He querido enseñaros mi última obra: esta Virgen y á Magdalena; este brazo y esta cabeza son á mi ver mi mejor trabajo.

Y el maestro hablaba sin ironía! No había conocido á primera vista los retoques de Van Dyck. Los conoció despues de exáminarlos atentamente, y perdonó. Hizo mas aun, dice un biógrafo; aceptó sin enmienda la obra de su discípulo, dándole así el título de génio y cubriéndole de gloria.

Despues de emplearlo en sus mejores lienzos lo envió á Italia. De allí pasó Van Dyck á Holanda, Francia é Inglaterra, donde por fin se instaló, y murió en 1641.

Todos conocemos sus principales obras: el *San Sebastian* (del Luvre), el *San Agustin* (de Amberes), la *Coronacion de las espinas*, el *Cristo crucificado*, etc., cuadros que rivalizan con los de Rubens; sus numerosos y admirables retratos, dignos del Ticiano: *Carlos I*, *Enriqueta*, *Moncada*, *Margarita Lemon*, *Buckingham*, *Villiers*, *Cromwell*, *Sneyders*, etc., etc.

La madre de Van Dyck había previsto sus triunfos, no solamente como pintor sino como caballero. Su belleza y distincion lo pusieron á la cabeza de la aristocracia de Lóndres. Una dama se enamoró tan ciegamente de él, que quiso cortarle la mano para impedir que pintara otras mujeres. Afortunadamente pudo escapar de esta locura, y se casó con la hermosa María de Ruthven, nieta del conde de Gowne.

(Traduccion de F. Nacente.)

BORGOÑON EN EGIPTO.

(Continuacion.)

El hizo un movimiento en direccion á la puerta del kiosco y se detuvo.

El fingido esclavo, porque todo era fingido en aquella casa, acababa de alumbrar el kiosco. La jóven se había quitado algo antes el velo, y ostentaba el rostro mas hechicero, animado por dos ojos de expresion angelical.

Resonaban en el desierto las cornetas de Berchigny, pareciendo regocijar los ecos de la cordillera líbica. Mas demora era militarmente im-

sible; el húsar apretó la mano de su huésped, se inclinó respetuosamente delante de la jóven, y despues de haber dicho, hasta la vista, se lanzó por el camino del Cairo con la agilidad de un ciervo sediento que corriese á beber en una fuente.

CAPÍTULO II.

LA MARQUESA DE SAN NIZIER.

Hállanse reunidos á la misma hora del día siguiente y en el mismo kiosco de la orilla del Nilo, nuestros cuatro personajes, que se conocen ya bajo sus nombres verdaderos. Las fatalidades de aquella época dan á entender perfectamente encuentros semejantes, que parecerian fabulosos en nuestros dias. El conde Huberto de Orsaint, emigró en 1793 con su hija la marquesa Octavia de San Nizier, que el patíbulo hizo viuda, y su sobrino Andrés de Orsaint, empleado en tiempo de la monarquía en las cancillerías orientales, muy versado en las lenguas y costumbres de aquellos países.

Los tres habitaban el Cairo desde 1794, y vivian en el mas absoluto retiro, á favor de su disfraz, y bajo la direccion y hábil guia de Andrés de Orsaint. Con alegría vieron la llegada del ejército francés á Egipto, comprendiendo que al menos encontrarían un amigo en aquella Francia ambulante.

Movidos por tal idea el conde Humberto y su sobrino, diéronse á seguir á nuestros soldados por las calles, plazas y mezquitas del Cairo, deseosos de descubrir por ciertos indicios que la casualidad ofreciera, un compatriota, un amigo, que seria para ellos el mensajero y representante de la lejana patria. Era preciso sin duda mucho tino y grandes precauciones, guiadas por la mas minuciosa prudencia en tales pesquisas; no fuese que arriesgasen una confianza, una expansion á un traidor que los delatase. El húsar Borgoñon que se burlaba tan sutilmente de la órden del día delante de la columna de la mezquita de Amrú y cuyo semblante revelaba tanta franqueza, se mostró por sí mismo como el mensajero fiel, que podía hablar un poco de la querida patria á los tristes espatriados.

Con tanta habilidad se llevó á cima aquella investigacion, que el resultado sobrepujó á toda esperanza; pues aquel soldado, aquel húsar, el llamado Borgoñon, era un emigrado con unifor-

me republicano, el conde Máximo de los Aubiers.

Por lo tanto, en la segunda entrevista del kiosco, no causará sorpresa ver al húsar transformado en cumplido caballero, y elevarse de los chistes de cuartel al lenguaje de los salones de Versalles.

Los emigrados de todos tiempos tienen siempre una idea fija y muy natural: cuentan por minutos las horas del destierro y quieren adivinar á fuerza de conjeturas qué hora será la del retorno á la madre patria. La conversacion acababa de entrar en este asunto de circunstancias entre la jóven y hermosa viuda y el conde Máximo, soldado de necesidad. Los otros dos emigrados estaban preparando sorbetes para dar una sorpresa al húsar caballero, antes que tocase la retreta de Berchigny.

Habian impresionado al conde Máximo la jovialidad, el ingenio y la gracia suprema de la marquesa, y como vivian en una época en que el mañana era mas dudoso que nunca, apresuró una confidencia que en cualquier otra ocasion hubiera aplazado. Unicamente queria aprovechar una circunstancia propicia para explicarse, y esta no se hizo esperar.

—Señora,—decia en aquel coloquio,—si usted desea saber mi opinion sobre el porvenir reservado á nuestros compatriotas que gimen en tierra extranjera, como usted y yo, voy á decirle. Creo que el general Bonaparte no tiene ganas de volver á Francia: hay demasiados abogados en el Directorio y pocos hombres. Nuestro general prosigue la empresa de Alejandro de Macedonia; sueña en la conquista de la India y quiere llegar á ella antes que los ingleses. Francia se llamará Bengala, y Paris Calcuta. El ensueño es hermoso: ¿no le parece á usted señora marquesa?

—Prefiero la calle del Reservoir de Versalles y la cuenca del Latona: es mas grande que la India.

—Sí, señora; pero hoy le es mas facil ir á Ceilan que á Trianon, y si esto continua le será permitido ver jugar el Ganges en los molinos de Calcuta y vedado ven trabajar en el Sena la máquina de Marly.

—Pues bien, iremos á Calcuta,—dijo la marquesa.

—¿Me permite usted, señora, acompañarla?

—¿Conoce usted la ópera del *Desertor*, señor húsar?

—Sí señora; pero esa ópera y ese título no me espantan. ¿Sabe usted lo que sucede en el desenlace?

—Fusilan al desertor,—dijo la marquesa.

—¡Ah, señoral me veo obligado á indicar un error de su memoria... No fusilan al desertor...

—No, es verdad; porque el *rey pasaba* y concedia el perdon. Pero el rey ya no pasa hoy.

—Señora, tengo el placer de noticiar á usted que la ópera del *Desertor* ha tenido un cambio de palabras en el teatro; ha conservado el aria, y alterando las palabras, el bajo canta en vez de *El rey pasaba*, *La comision del poder ejecutivo pasaba*. Ahora bien: si me prenden por desertor, se cantará: *El general en jefe Bonaparte pasaba*, y no me fusilarán.

—¿Y sin pena alguna dejaría usted el servicio?

—Sí, señora; porque se deja siempre con gusto lo que se ha tomado con pena. Todo lo contrario sería si tomase mujer.

—¡Ah! ¿piensa usted casarse, señor conde?

—Es hoy el deber de todos los buenos... ciudadanos.

—¡Ah, señor conde! Usted se esfuerza en escoger las palabras, y aqui nadie nos escucha: no hay espías en el ejército francés, y el Directorio se encuentra á mil leguas de aquí.

—Entonces diré que el matrimonio es el deber de todos los buenos realistas.

—Bien está, señor conde; esa frase es mucho mas precisa ahora.

—El Terror ha producido muchas viudas y huérfanos, señora.

—¡Es verdad, ay de mí! y las cabezas mas nobles han caido... Mas no entremos en lo serio y grave. ¿Me permite usted ser indiscreta?

—Señora, sabe usted que mi divisa es no mandar nunca. A mí me conceden permisos, pero no los doy. Luego es usted enteramente libre de ser indiscreta.

—Con sus proyectos de casamiento,—repuso la marquesa riendo,—sospecho que trama usted un nuevo rapto de Elena, ó de alguna Dilara de Samarcanda, ó de alguna Alina de Colconda, por que en este país no hay ninguna francesa.

—Y si la hubiese bastaría, ¿no es verdad, señora?

—Sí, señor; aunque esté permitido en Oriente la poligamia: pero es usted sobrado buen cristiano para servirse de ese privilegio local.

—Y harto galante francés, ¿queria usted decir esto señora?

—Me contento con el deber que la religion impone para explicarme el horror que usted siente á la poligamia. La galantería francesa corre ries-

go de arruinarse en su contacto con los turcos. Si el Directorio hubiese tenido un adarme de sentido comun, no habria enviado nunca un ejército francés al país de los harems. Es lo suficiente para pervertir todo un regimiento de húsares.

—Dispense usted, señora; parece que nos apartamos de la cuestion...

—Cabalmente jamás se habla sino para apartarse de las cuestiones. No escribimos en este momento un tratado de lógica.

—¿Me permite usted, señora, volver al punto de partida?

—Lo he olvidado por completo, señor conde; con frecuencia se estravía una en el desierto.

—Tiene usted un guía, señora; nada tema, volveremos á dar con el camino... Se trataba de encontrar en el desierto una sola mujer...

—Seria buscar una esfinge de carne y huesos, —interrumpió la marquesa.

—¿Quiere usted apostar algo á que yo la encuentro, señora?

—No, no,—contestó la marquesa riendo;—no quiero poner en peligro sus ojos de usted: ya sabe lo que sucedió á Edipo; se quedó ciego; cogió la oftalmia del desierto buscando la esfinge.

—En nombre del cielo, señora,—dijo el conde con cierta vivacidad;—permítame usted llegar á mi objeto, despliega usted un ingenio diabólico en desviarme... Tenga usted en cuenta, señora, que vá á dar lá retreta...

—¡Bueno!—interrumpió la jóven;—mañana nos volveremos á poner en busca de la esfinge de carne y hueso...

—¡Mañana, señora! ¿Conozco tal vez la órden del día que se fijará mañana en las esquinas de El Esbeki? ¿No he oido ya hablar vagamente de una campaña á Siria ó al Egipto superior en persecucion de Murad Rey? Mi regimiento está designado. Yo acompaño el general Desaix á Deuderá, á Tebas, á las cataratas, ¿que se yo? ¡á los montes de la luna! Nuestros sabios quieren descubrir las fuentes del Nilo: no existen; pero esto es razon de mas para que las descubran. Ya ve usted, pues, señora, que no tengo tiempo que perder, y que es preciso que obtenga antes de mañana una promesa de matrimonio.

—De la esfinge, señor conde.

—De usted señora.

La marquesa hizo un movimiento y su hilaridad se extinguió de repente. Mudó de tono, y dijo con gravedad desoladora:

—Señor conde, de lejos veía llegar la extraña

proposicion de usted, y queria ahorrarle una negativa... Hablemos de otra cosa...

Levantóse el conde Máximo y dijo con acento conmovido:

—Adios, señora: permítame usted que no vuelva á verla y que sienta haberla visto. Un soldado se consuela fácilmente en nuestra época: hay una batalla cada día, y no siempre seré desgraciado... llegará el momento de la felicidad, por fin se encuentra una bala en mitad del camino; es la caricia del destino anhelado.

Saludó respetuosamente y dió dos pasos para salir; pero un ademan imperativo lo retuvo.

—En verdad, señor conde,—dijo la marquesa con voz temblorosa,—es usted poco reflexivo. Apenas nos conocemos, y de repente hace usted una demanda de matrimonio sin el menor preámbulo... Sí, sí, reconozco con usted que no vivimos en una sociedad regular, en un estado normal; que no estamos en Versalles, sino en el Cairo, y que nos es lícito trastornar las costumbres privadas en medio del trastorno general... Pero en fin, señor conde, sino fuese yo libre, aun en mi calidad de viuda, si me fuese vedado disponer de mí, Versalles ó el Cairo, monarquía ó república, nada tendria que ver en todo esto: tendria que negar á usted mi mano á orillas del Nilo lo propio que á orillas del Sena, en Boulak lo mismo que en la calle del Reservoir. ¿Había usted pensado en esta ligera objecion, señor conde?

—Esa objecion,—dijo Máximo con apagada voz,—la respeto como todo lo que agrava una desesperacion.

—Verdaderamente, señor conde, esperaba algo mejor de su ingenio...

—Señora, es el corazon quien le habla en este momento.

—Entonces señor, el mio es el que le responde.

—Para una negativa inmotivada es harto cruel, señora: bien se ve que estamos en país enemigo.

—Pues bien, señor conde, mi negativa es motivada.

—Escucho con el corazon, señora... Hable usted.

La marquesa hizo un signo que reclamaba silencio y dijo en voz baja:

—Viene mi padre; hablemos de otra cosa... Estoy siempre alegre delante de él: es preciso cambiar de tono.

El conde Máximo se arrellanó con indolencia en el divan y gritó con tono jovial:



—¿Qué camino es el mas corto para ir á las pirámides?

—Todos los caminos son largos en el desierto, señor conde... Pero aquí viene mi querido padre que le enterará mejor que yo.

El conde entraba con una fuente cargada de golosinas orientales y parecia muy satisfecho de sus resultados en sorbetería: su hija le trasmitió la pregunta del joven húsar.

—El camino mas corto,—dijo el padre reflexionando un poco...—es preciso ver todas las pirámides... hay catorce en las cercanías de Sakkará... luego ha de ir usted á Sakkará... puede tomarse el camino del Abasied... Sí... á fé, no estoy muy fuerte en la geografia de estos parajes... Calle... usted pasa por Abusir... Sí... pero hay una cosa mas sencilla, señor conde... toma usted un asnero en Boulak, un guia de profesion, y con él hará usted el camino á ojos cerrados.

—Pero, querido padre, ¿por qué no ha empezado usted por ahí?—dijo la marquesa prorumpiendo en sonora carcajada...—Señor conde, toma usted un asnero...

—¿Tendrá un caballo?—preguntó Máximo.

—¿Seria asnero si tuviera caballo?—dijo la joven continuando su acceso de risa desatada.

—Es verdad,—observó cándidamente el húsar.

—Si hace usted mañana ese viaje,—repuso el padre,—tendrá usted un día muy caluroso. El sol se ha puesto rojo como una rueda de fuego.

—¡Oh! ¡me es igual!—dijo el joven.

—¿Pero pretende usted subir á las pirámides?—repuso el anciano.

—Sin duda... tengo que grabar un nombre en la cúspide.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

RECETA PARA CONSERVAR LA BOCA LIMPIA Y SANA.

Cuando se tiene la dicha de poseer la boca sana, los dientes blancos y sin cáries y las encías duras y rosadas, úsese el siguiente procedimiento para conservarla en igual buen estado.

Mézclense 200 gramos de aguardiente de guayaco con igual cantidad de agua vulneraria espirituosa, añadiendo algunas gotas de esencia de menta.—El elixir que se obtiene puede conservarse largo tiempo, y basta con echar tres ó cua-

tro gotas en un vaso de agua, y enguajarse por la mañana y por la noche para conservar la boca en perfecto estado.

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

(Continuación.)

Pero sus movimientos no presentan una regularidad perfecta mas que en las cercanías de la línea equinoccional, lo cual poco mas ó menos sucede igualmente, señora, en este aposento, cuando se enciende la chimenea. Coloque usted entonces una bujía encendida en el suelo delante del hogar, y verá usted la llama inclinada hácia la chimenea; pero al trasladar la luz á cualquier otro punto del aposento notará usted que la llama permanece inmóvil, ó bien oscila en diversos sentidos bajo el impulso de las corrientes occidentales.

En consecuencia, los únicos vientos verdaderamente regulares que durante todo el año soplan en la misma direccion y con igual energía, son los vientos alisios, y aun así, solamente en el mar es donde tienen una marcha ó movimiento constante. En los continentes, sufren la influencia de los accidentes del suelo y de otras causas perturbadoras. No me olvidaré de añadir que se desalojan periódicamente entre sí, segun las estaciones y la zona de aspiracion que los atrae y separa.

Forma esta zona una faja en torno del globo, sinuosa y vária, que en verano avanza hácia el norte, y en invierno retrocede hácia el sud; pero que, sobre el Atlántico, tocante á nuestro hemisferio, se mantiene siempre á esta parte del ecuador.

Llaman á esta zona la de las *calmas ecuatoriales*, y un habitante de algun planeta vecino que mirase nuestro globo con un buen telescopio, la veria dibujada distintamente por una faja nebulosa que los marinos ingleses apellidan el *cloud-ring*.

A decir verdad, el nombre de *zona de las calmas* dada á la region intertropical es muy impropio, puesto que le cuadraria mucho mejor el de zona de las tempestades.

Con efecto, la calma relativa que allí reina re-

sulta de la falta de corrientes horizontales determinadas, y del movimiento ascensional que toman las masas de aire procedentes de ambos lados del ecuador.

Por una parte, estas masas de aire, saturadas de humedad, se cargan, á medida que se elevan y enfrian, de nubes densas que vomitan á cada instante torrentes de lluvia mezclados con explosiones eléctricas. Las borrascas son allí permanentes, borrascas respecto de las cuales las que nosotros sufrimos no son mas que juego ó meras diversiones.

Por otra parte, como los vientos alisios que se encuentran en esa especie de terreno neutral, se agitan impelidos por fuerzas desiguales, sucede muchas veces que riñen, por decirlo así, cuerpo á cuerpo, y producen torbellinos análogos á los que vemos en los rios que al bajar se estrellan en los estribos ó columnas de un puente ó cualquier otro obstáculo.

Esos torbellinos que la corriente mas rápida arrastra en seguida en su marcha, son las famosas tempestades envolventes que se conocen con los nombres de tornados, tifones, huracanes, ciclones que hacen tan peligrosa la navegacion por las mares tropicales, y que en las costas é islas bañadas por los mismos, ocasionan, conforme usted sabe, espantosos desastres.

Otras dos zonas de calma, pero calma real, se estienden allende los trópicos en los puntos en que los alisios y contra alisios equilibrados en temperatura comienzan á mezclarse y confundirse, y en que sus velocidades contrarias se contrarrestan y neutralizan.

Mas acá del polo domina la corriente ecuatorial ó contra alisia, que es como decir que en nuestro hemisferio el viento del sud es el que domina con mas frecuencia.

Por último, en los polos no se deja sentir ninguna corriente, de lo cual resultan otras dos zonas extremas de calma.

De consiguiente, la superficie del globo puede dividirse, bajo el punto de vista de la gran circulacion atmosférica, en nueve regiones ó zonas, á saber: en medio la zona de las calmas ecuatoriales; al norte y al sud de esta zona las dos de los vientos alisios; luego las dos mas estrechas de las calmas de cáncer y capricornio; siguiendo hácia los polos las dos zonas mas anchas de los contra alisios del sudoeste y del noroeste, y por fin, las dos extremas de las calmas polares.

—¿Puedo hacer á usted una pregunta?

—¿Pues no he rogado á usted desde el principio que me interrogara lo mas á menudo posible?

—He aquí mi pregunta: ¿A cual de las nueve zonas que acaba de enumerar usted tenemos el honor de pertenecer?

—Si no me engaño, señora, debemos hallarnos en la de los contra alisios del sudoeste, cruzada muy frecuentemente por brazos ó ramales derivados de la gran corriente polar. Con efecto, usted sabe que los vientos que mas sentimos aquí son los del sudoeste y noroeste, y señaladamente el primero.

—¿Será, pues, esa la razon de que llueva tan á menudo en nuestro país?

—En nuestro país, y mayormente en nuestras costas del Oceano Atlántico, á las cuales llega el viento del sudoeste cargado con toda la humedad que recoge del Oceano.

—Se comprende facilmente.

—Lo cierto es que para los habitantes de la Europa occidental, el viento del sudoeste es el viento lluvioso por excelencia, y como quiera que este viento sopla con mucha frecuencia, y en general con mas persistencia todavia, resulta que en las tierras contiguas al Atlántico llueva muy á menudo.

—¿Podría usted explicarme el por qué?

—Es muy sencillo: este viento es caliente en su punto de partida que es la zona tórrida; atraviesa, antes de llegar á nosotros, por encima de inmensas estensiones de agua; aquí, y aun por el camino, se va enfriando al contacto de las masas de aire procedentes de las regiones polares; y por lo tanto, una gran parte de su vapor de agua debe condensarse en nubes y en lluvia.

En cambio el viento del noroeste es relativamente frio, pero casi siempre seco. Cuando él reina, el cielo está sereno, y no hay temor de que llueva, á menos que este viento encuentre en las regiones superiores el alisio del sudoeste, cuyos vapores condensa enfriándolo. Procede de la region polar y solo pasa por encima de continentes, sin que por lo tanto pueda empaparse de vapores al recorrer su trayecto, y al llegar á nuestro clima templado se calienta mas ó menos, y por consiguiente se aleja del punto de saturacion. El viento directo del norte se encuentra aproximadamente en idénticas condiciones, y sin embargo, contra lo que *a priori* pudiera suponerse, no suele venir tan frio ni tan seco como su vecino de la izquierda.

—¿Por ventura, no viene directamente del polo?

—Sí, señora; pero antes de llegar á nosotros atraviesa regiones húmedas, vastos mares, y uno de estos, el que baña las costas occidentales de la península escandinava, participa de la corriente cálida y propensa á echar vapores, conocida con el nombre de *Gulfstream*.

—¿Qué quiere decir *Gulfstream*? ¿Es palabra inglesa?

—Justamente, señora; y tal vez sabrá usted que significa corriente del golfo.

—En efecto; pero estas palabras no me explican lo que es esta corriente.

—El *Gulfstream*, señora, es la gran corriente de agua caliente que sale del golfo de Méjico y se dirige al polo norte atravesando el Atlántico de sudoeste á noroeste.

—¿Tiene corriente el mar lo mismo que la atmósfera?

—El Océano tiene circulacion semejante, corrientes caudalosas generales y regulares, engen-



Un huracan en las Antillas.

dradas por la misma causa, á saber, el calor del sol. Efectua de una region á otra un perpétuo trasiego de agua fria y agua caliente, del mismo modo que en la atmósfera hay un perpétuo vaiven de aire caliente y frio; y como usted supondrá perfectamente, no deja de ejercer mútua influencia una circulacion sobre otra.

Sin embargo, usted me permitirá que no me detenga ahora en los movimientos de las aguas, porque ofrecen materia harto vasta para ser tratada incidentalmente. Si he hablado á usted del *Gulfstream*, es porque este rio inmenso de agua tibia, desempeña un papel importantísimo, y aun debo añadir, muy benéfico en la economía de

nuestros climas, que templá notoriamente.

A no existir el *Gulfstream*, Inglaterra y parte de Francia estarían condenadas á sufrir inviernos tan crudos y rigurosos como los del Labrador, mientras que ahora la Gran Bretaña y la Irlanda gozan de un clima húmedo y nebuloso, verdad es, pero relativamente suave y benigno; y en cuanto á las costas occidentales de Francia y del norte de España, se goza una notable igualdad de temperatura, que por su latitud geográfica no les corresponde.

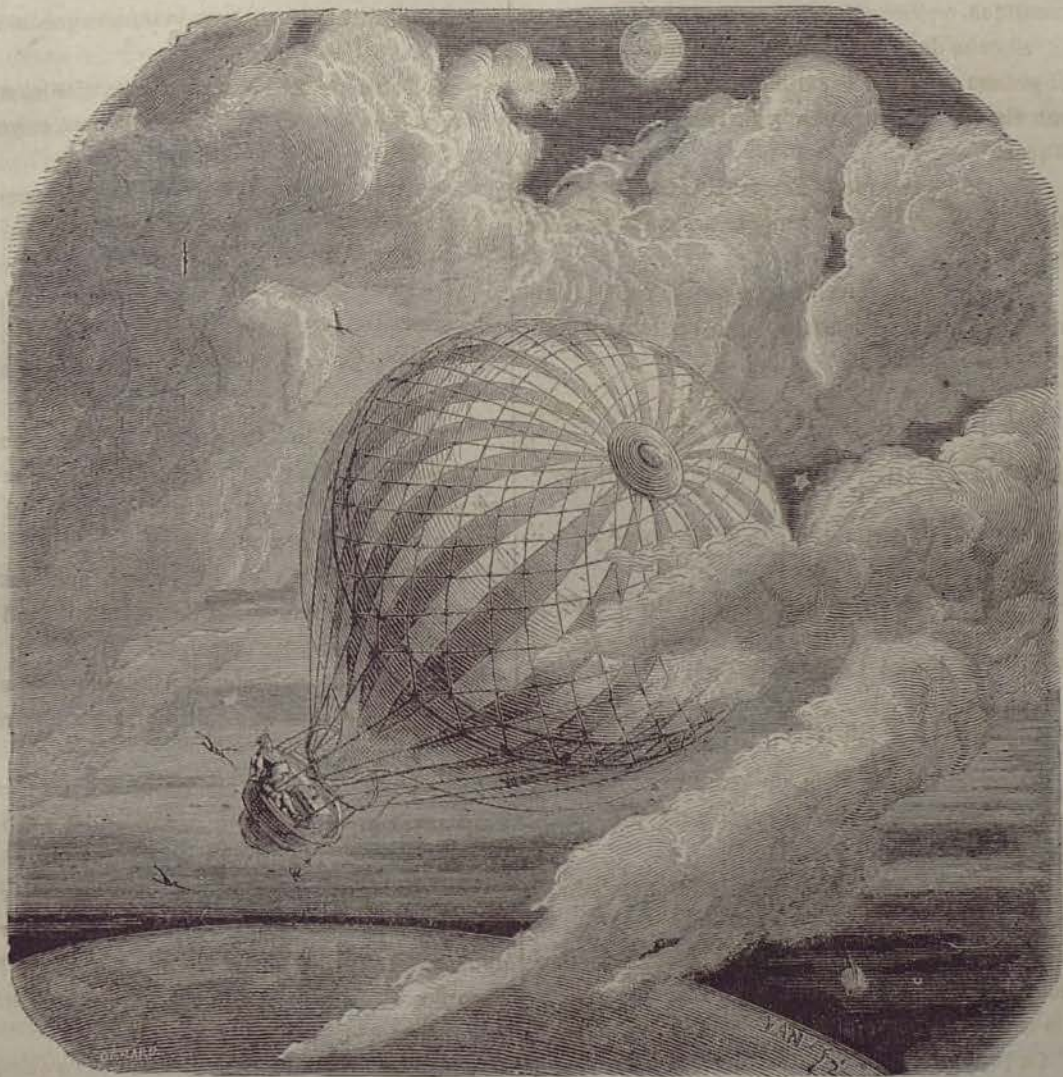
(Se continuará.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.

(Continuacion.)



Viaje de Hans Pfaall á la luna.

¿Qué relacion existe entre piratas y cabrito? Vamos á verlo.

Hubo en otro tiempo cierto capitan Kidd (1), (*kid* en inglés significa cabrito) que dió mucho que hablar.

¿Por qué no podía ser aquella figura su forma logográfica, y el cráneo humano llenar las veces de sello ó estampilla?

Guillermo, pues, se sintió inducido á buscar

(1) Este pirata realmente ha existido. Cooper hace frecuentes alusiones al mismo en sus novelas.

el texto de una carta entre el membrete y la firma. Pero el texto parecia faltar completamente.

Mientras tal exámen practicaba se le agolpaban á la memoria las historias y arriesgadas empresas de Kidd; recordaba que el capitan y sus compañeros habian enterrado, al decir de mucha gente, enormes sumas procedentes de la piratería, en algun puerto de la costa del Atlántico.

Debía existir, de consiguiente, el tesoro todavía en su depósito; porque de no ser así, los rumores actuales no habrian tenido fundamento.

A la postre de todas esas consideraciones,

Guillermo adquiere la convicción de que aquel pedazo de pergamino contenía la indicación del lugar de ese depósito.

Limpió la vitela de todo polvo y materia mu- grienta con el mayor cuidado; luego la colocó en una cacerola, y puso la cacerola sobre ascuas en- cendidas.

Al cabo de unos minutos comenzó á ver que el pedazo de vitela se salpicaba en varios puntos con signos que parecían guarismos trazados en líneas.

Volvió á calentarla con febril afán, y pronto vió salir caracteres toscamente trazados en color rojo.

Una vez hubo referido todo eso á Poe, Guille- mo le entregó el pergamino que contenía los si- guientes renglones:

53 $\frac{+}{+}$ $\frac{+}{+}$ +305) $\frac{6}{\times}$; 4826) $\frac{4}{+}$ $\frac{4}{+}$); 806 $\frac{\times}{+}$; 48+
8q60) $\frac{85}{1}$ $\frac{+}{+}$ ($\frac{+}{+}$ $\frac{\times}{+}$ 8+83 (88) $\frac{5}{\times}$ $\frac{+}{+}$; 46 ($\frac{88}{\times}$
96 $\frac{\times}{+}$; 8) $\frac{\times}{+}$ $\frac{+}{+}$ ($\frac{485}{+}$); $\frac{5}{\times}$ $\frac{+}{+}$ 2: $\frac{\times}{+}$ $\frac{+}{+}$ ($\frac{4956}{\times}$ 2 ($\frac{5}{\times}$
— 4) 8q $\frac{8}{\times}$; 4069285); $\frac{6}{+}$ 8) $\frac{4}{+}$ $\frac{+}{+}$); 1 ($\frac{+}{+}$ 9; 48081
; 8: $\frac{+}{+}$ 1; 48+ 85; 4) 485+528806 $\frac{\times}{+}$ 81 ($\frac{+}{+}$ 9; 48; (88;
4 ($\frac{+}{+}$ 34; 48) $\frac{4}{+}$ $\frac{+}{+}$; 161; 188; $\frac{+}{+}$?;

Al ver Poe esta serie de guarismos, signos, puntos, puntos y comas y paréntesis, manifestó que nada había comprendido.

Vosotros, lectores míos, habríais contestado lo mismo que él.

Pues bien: el novelista va á desenredar ese caos con lógica admirable. Seguidle, porque en ello estriba la parte mas ingeniosa de su novela.

La primera cuestión que importaba evacuar era la de conocer la lengua de la cifra; pero aquí el juego de palabras sobre *Kidd* indicaba su- ficientemente la lengua inglesa, puesto que no es posible mas que en aquella lengua.

Cedo ahora la palabra á Guillermo Legrand.

«—Habrà usted observado,—dice á Poe,—que no hay espacios entre las palabras; si los hubiese habido la tarea habría sido muchísimo mas fácil. Porque en tal caso habria comenzado por hacer un cotejo y análisis de las palabras mas cortas, y si hubiese hallado, como siempre es probable, una palabra de una sola letra como *a* ó bien *I* en inglés (*uno, yo*) habria considerado segura y pronta la solución del problema; pero no ha- biendo tales espacios, mi primer deber consistia

en escoger las letras ó signos predominantes, así como las que se encontraban mas rara vez. Las conté todas y formé la siguiente tabla.

»El signo 8 se halla 33 veces.

» ; » 26 »

» 4 » 19 »

» $\frac{+}{+}$ y) » 16 »

» $\times$ » 13 »

» 5 » 12 »

» 6 » 11 »

» $\frac{+}{+}$ y 1 » 8 »

El signo 0 se halla 6 veces.

» 9 y 2 » 5 »

» : y 3 » 4 »

» ? » 3 »

» q » 2 »

» — y . » 1 »

»Ahora bien, la letra que en inglés se encuen- tra mas á menudo es la *e*, y las otras letras se su- ceden en este orden: a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z.

»La *E* predomina de tal manera que es muy raro encontrar una frase de cierta longitud en que no sea el caracter principal.

»Tenemos, de consiguiente, para comenzar, una base de operaciones que nos suministra algo me- jor que una conjetura.

»Puesto que nuestro caracter dominante es 8, empezaremos por tomarlo por la *e* del alfabeto natural.

»Para verificar tal suposición, veamos si el 8 se encuentra alguna vez duplicado, pues la *e* se dobla muy frecuentemente en inglés, como por ejemplo, en las palabras *meet, feed, speed, seen, been, agree*, etc.

»Pues bien, en el caso presente vemos que es- tá duplicada cinco veces, á pesar de ser muy cor- to el criptograma que estudiamos.

»Como hemos dicho, 8 representará la *e*.

»La palabra mas usual de la lengua inglesa es el artículo invariable *the* (que significa *el, la, los, las*).

»De consiguiente tenemos que ver si encon- tramos varias veces repetida la misma combina- ción de tres signos en que el 8 sea el último de los tres; y si encontramos repeticiones de tal gé- nero, representarán probablemente el artículo *the*.

»Hecha esta verificación la encontramos 7 ve- ces y 1 s caracteres ó signos son; +8.

»Luego podemos suponer que; representa *t*, que 4 representa *h*, y que 8 representa *e*.

»Hallándose así mas confirmado el valor del último signo, hemos dado un gran paso.

»Verdad es que no hemos determinado mas que una palabra; pero esta sola palabra nos permite fijar un punto mucho mas importante de lo que á primera vista parece; pues de ahí sacamos el principio ó la terminacion de otras palabras.

»Examinemos, por ejemplo, el penultimo caso en que se presenta la combinacion ;48 casi al final del criptograma. Sabemos que el ; que sigue inmediatamente despues es el principio de una palabra, y que de los seis caracteres que siguen á este *the* conocemos á lo menos cinco.

»Reemplacemos, pues, los cinco caracteres por las letras que creemos representan, dejando un espacio para el signo desconocido, y tendremos:

t eeth

»Debemos ante todo eliminar el *th*, porque no puede formar parte de la palabra que comienza por la primera *t*, toda vez que probando sucesivamente con todas las letras del alfabeto para llenar el hueco, es imposible formar una palabra de la que forma parte esa *th*.

»Reduzcamos, pues, los seis caracteres á

t ee

y repasando de nuevo todo el alfabeto si es menester, llegamos al resultado de la palabra *tree* (árbol), como única version posible y probable.

»Así hemos ganado otra letra, la *r* en vez del signo (, que le representa, luego dos palabras juntas conocidas: *the tree* (el árbol.)

»Un poco mas lejos encontramos la combinacion ;48 y nos servimos de ella como determinacion á lo que precede inmediatamente.

»Eso nos dá el siguiente arreglo:

the tree ;4(†? 234 the

ó sustituyendo las letras naturales á los signos que conocemos nos da

the tree thr†? 3 h the

»Y ahora si á los caracteres desconocidos sustituimos asteriscos ó blancos tendremos:

the tree thr h the

y la palabra *trough* (por ó bien á través) se destaca por sí misma, si así vale decirlo; mas este descubrimiento nos proporciona tres letras mas *o u g*, representadas por †? 3.

»Busquemos ahora con atencion en el criptograma combinaciones de signos conocidos, y encontraremos no lejos del principio el arreglo siguiente:

83(88 ó sea *egree*

que evidentemente es la terminacion de la palabra *degree* (grado), lo cual nos da otra letra la *d* representada por †-

»Cuatro letras despues de la palabra, *degree* encontramos la combinacion

;4†(88

de la cual traducimos los caracteres conocidos, representan el por conocer con un *, y nos da

th rtee

arreglo que nos sugiere inmediatamente la palabra *thirteen* (trece) y nos facilita dos letras nuevas *i n* representadas por 6 y x

»Remontándonos, pues, al principio del criptograma, hallaremos la combinacion

53†††-

que traduciéndola por el estilo de las anteriores obtendremos.

. good

lo cual nos demuestra que la primera letra es una *a* y que las dos primeras palabras son *a good* (un buen, ó una buena)

»Sería tiempo ya, para evitar confusiones, que dispusiéramos en forma de tabla todos los descubrimientos que hemos hecho, y ello nos dará un principio de la clave.

(« 5 representa *a*

†-	»	<i>d</i>
8	»	<i>e</i>
3	»	<i>g</i>
4	»	<i>h</i>
6	»	<i>i</i>
x	»	<i>n</i>
††	»	<i>o</i>
(	»	<i>r</i>
;	»	<i>t</i>

»De esta suerte tenemos ya nada menos que diez de las letras mas importantes, y considero inútil que prosigamos la solucion á través de tantos pormenores.

»No me falta mas que dar á usted la traduccion completa del documento, como si hubiésemos descifrado sucesivamente todos sus signos.

»He aquí, pues, la traduccion en inglés.

«A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seven miles east side shoot from the left eye of the death's-head a be line from the through the shot fifty feet out.»

»Lo cual significa:

«Un buen cristal en el palacio del Obispo en la silla del demonio cuarenta y un grados y

trece minutos noroeste cuarto de norte principal brazo séptima rama lado este soltad del ojo izquierdo del cráneo humano una línea de aplomo otra del tronco pasando por la plomada hasta cincuenta piés de largo.»

Tal era el criptograma descifrado, y aseguro á mis lectores que si efectuaran los cálculos del novelista comprobarían su exactitud.

Pero ¿qué significa esa gerigonza, se dirá, y cómo pudo comprenderla Guillermo Legrand?

Primero procuró puntuar el documento, pues el que lo había escrito, había ideado agrupar las palabras sin hacer ninguna division; pero no siendo muy hábil, había estrechado los caracteres en los parajes que reclamaban una interrupcion ó aparte.

Notad bien esa reflexion porque revela un profundo conocimiento de la naturaleza humana.

De este modo el manuscrito presentaba cinco divisiones que daban

«Un buen cristal en el palacio del Obispo en la silla del demonio

»Cuarenta y un grados y trece minutos noroeste cuarto de norte

»Principal brazo séptima rama lado este

»Soltad del ojo izquierdo del cráneo humano una línea de aplomo

»Otra del tronco pasando por la plomada hasta cincuenta piés de largo.»

Ved ahora lo que Legrand dedujo con suprema sagacidad despues de repetidas investigaciones.

Descubrió primero á cuatro millas al norte de la isla un vetusto edificio que se denominaba *el Palacio del Obispo*. Alzábase allí un conjunto de picos y peñascos, algunos de los cuales presentaban en la cumbre una cavidad llamada la *Silla del Demonio*.

Lo demás se comprendía fácilmente: el *buen cristal* significaba un catalejo, que apuntándolo en la direccion de 41° 13' *noroeste cuarto de norte*, dejaba ver un arbol elevado en cuyo ramaje brillaba un punto blanco, el cráneo humano.

Resuelto estaba el enigma.

Guillermo había ido al árbol, examinado *el brazo ó principal rama que salia de la horcadura del árbol y la séptima rama del lado del este*; comprendió que era menester tirar una plomada con una bala que pasase por el ojo izquierdo del cráneo, y que una línea recta dirigida del tronco del árbol por la bala del aplomo hasta la distancia de *cincuenta piés de largo*, le indicaría el

punto preciso en que se encontraba escondido el tesoro.

Obedeciendo á su espíritu ó natural fantástico, y queriendo sobrecojer un poco á su amigo, reemplazó la bala con el escarabajo de oro, y se hizo rico de mas de un millon de duros.

Tal es esa novela original, curiosa, sorprendente, que despierta el interés por medios desconocidos hasta entonces, llena de observaciones y consecuencias dignas de la lógica mas estricta, y que por si sola habria bastado para hacer ilustre el nombre del novelista norte-americano.

A mi ver es la mas notable de todas sus historias extraordinarias y aquella en que se revela en mas alto grado el género literario apellidado ahora *género de Poe*.

(Se continuará.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IX.

TRES YANKERS.

El Talak-Chopko ó rio del Guisante (Pea-River), corre de este á oeste y va á desembocar en el golfo de Méjico.

Beines estaba bastante familiarizado con la geografia de la Florida, por cierto muy incompleta, para ignorar aquella circunstancia del rio; por ello tendió sus miras á dicha corriente y tomó la resolucion de tomarla como base de sus evoluciones.

Aunque los mapas que se habian trazado hasta entonces no indicasen bien mas que algunas sondaduras y vagos reconocimientos en el desembocadero del Guisante, desde el momento en que el curso del rio procedia del este, podia deducirse con probabilidades de certeza casi absoluta, que el Talak-Chopko procedia de las cercanías del Okichobí, y por lo tanto, subiendo contra la corriente, aquellos viajeros se acercarian á los famosos lagos.

Por desgracia no habrian estos salvado todas las dificultades, aun admitiendo esa circunstancia favorable, porque la navegacion de las costas floridenses en los mares de Méjico, es en extremo

difícil, y los navegantes se apartan con temor de aquellos parajes en vez de acercarse á ellos.

Allí no hay sino bancos de arena, islas flotantes, entre las cuales no hay ninguna boya que indique los calados.

En suma, esta costa esta casi desierta y poco habitada en razon de los pantanos, entre los que desembocan infinitos ríos y arroyos.

Beines esperaba ir directamente á reconocer Tampa Bay, bajo los 28° de latitud, y luego desde allí bajando hacia el sud á lo largo de las costas, buscar la isla de los Pinos y echar el ancla hasta el regreso detrás de la isla en la ensenada de Carlota.

Una vez adoptado el plan del viaje, el miembro norte-americano de la *Sociedad Geográfica* se echó en busca de compañeros. Con gente se hace mucha faena: tal era su principio.

No tardó en hallar entre sus colegas dos hombres cuyo espíritu animoso y aventurero acogió tan propicia ocasion.

Eran estos, Tomas Halley Smith y Rufo Maynard, comerciante el primero, ó sea hablando en lenguaje norte-americano, agente de toda clase de negocios; y el segundo *colaborador* de un periódico muy en boga, y por lo tanto patriota hasta la exageracion.

De ahí que la marcha de los tres viajeros fuese el tema de todas las conversaciones desde tres semanas antes de emprenderla.

Malas lenguas se atrevían hasta propalar que Saunderson Beines y sus amigos creían que el español, *naturalmente farsante*, se habia ido al demonio burlándose de ellos y que no volverían á verlo.

Desgraciadamente para esas caritativas personas, no adquirieron el menor crédito sus pérdidas insinuaciones. Se conocia tan á fondo la fama de rectitud y honradez que gozaba la leal familia de los Meril, que ni aun los norte-americanos quisieron por un momento creer en una felonía.

Mas aun: las damas principales del barrio yankee tomaron cartas en el asunto, y no se desdijeron de presenciar el avituallamiento del vapor de Halley Smith, que debia servir para trasladar á los audaces campeones al teatro de la lucha, y hasta quisieron cambiar el prosaico nombre de *Estrella* que tenia la nave, por el de *Buena Suerte* que les pareció mas significativo y selecto.

No hubo mas remedio que complacer al sexo bello. Fué aquello una fiesta completa, y al dia

siguiente se veia el vapor con la bandera estrellada bajando por el río, como lo bajara nuestro amigo Julian tres semanas antes en la *Confianza*.

Beines no podia internarse en alta mar y con su pequeña embarcacion, por lo tanto, tan luego como reconoció la bahia de los Apalaches, viró hacia el sud y comenzó el reconocimiento de las costas floridenses, cuyo aspecto bajo y las playas arenosas cortadas por corrientes de agua cercanas, y siempre semejantes, desorientan y desconciertan á los malhadados navegantes.

De esta suerte sondeó y examinó la desembocadura del Vacasasa, luego la del Vetlicochí, del Cristal, del Homosesa, Chasahovitska, Pitlochascotí, Anclote, y por último, llegó delante de Edmundo Key.

Allí se abre una inmensa rada llamada Tampa Bay, del nombre de un antiguo pueblecito llamado Tampa, que se alzaba junto á la rama oriental de este dilatado lago.

Habíase trabado una empeñada discusion entre los tres amigos, consultando los mejores mapas del país, acerca de la vía que debia seguirse; Rufo Maynard especialemente se oponia á que se tomara la ruta del río del Guisante.

—Señores,—decia, entre otras razones mas ó menos concluyentes;—si este río fuese bueno para algo, todos los que han intentado llegar al Okichobí lo habrían conseguido sin ninguna clase de dudas. Se llegaría á tan corta distancia de él por este camino!... Esto prueba que habrá algun obstáculo que nosotros ignoramos...

—¿Qué nos importa que lo haya, querido Rufo?... sea como fuere pasaremos.

—¡Hum! animoso Halley; habla usted como si nuestra empresa fuese la mas facil del mundo. Podemos encontrar mas peligros, podemos tener mas desgracias recorriendo veinte leguas por este camino que cincuenta por otros.

—¡Bah, bah! ¡á la voluntad de Dios!

—Querido Rufo, — repuso Beines, — no me opongo á estudiar tu itinerario. Esplicanos, pues, como lo comprendes y por qué lo eliges.

—Muy sencillo, amigo Beines: A partir de Punta Gorda, el Talak-Chopko separa la gran pradera de los juncuales del Ciprés, cuyas dos regiones valen tan poco la una como la otra, á dar crédito á los contados viajeros blancos que han penetrado en ellas. Además, son los parajes donde se ocultan los últimos salvajes, y en donde practican sus vandálicas devastaciones. Ahora bien: nosotros somos norte-americanos, y como tales

no debemos aventurarnos á echarnos en sus brazos...

—¿Y por qué, amigo mio?—replicó Tomás.

—Porque no podemos esperar perdon ni cuartel de ellos,—respondió Rufo.

—¡Bah! pasaremos por encima de sus cadáveres. Nosotros tres valemos por diez de ellos.

—¿Y si son veinte?

—¿Qué han de ser hombre? Si á lo más habrá alguna corta partida de miserables que se mueren de hambre.

—Escuche usted, Tomás. Dejemos hablar á Rufo. Y usted, amigo mio, prosiga: yo le escucho con toda atencion.

—Y hace usted bien, amigo Beines. Supongamos ahora que escogemos otra ruta, que nuestro vapor se queda á esperarnos en la bahía de Tampa; desembarcamos en medio de las selvas vírgenes, compactas, de suelo firme y fáciles de atravesar... Ganamos así el Istokpoga ó gran lago que un brazo del Kisimí pasa de parte á parte. Son ocho ó diez dias de marcha por parajes donde se encuentran varios fuertes antiguos. De ese modo encontraremos algunos recursos.

—¿Qué mas?

—El brazo del Istokpoga nos conduce al Kisimí, y siguiendo la corriente de este rio, encontramos el fuerte Basenger, ocupado todavía por un destacamento...

—¿Cuantos dias de marcha exige ese rumbo?—interrumpió Tomás.

—Otros diez próximamente.

—En junto son ya veinte dias.

—Pero una vez en el fuerte, bajamos por el Kisimí y penetramos en el Okichobí.

—¿En cuantos dias?—repuso Tomás.

—Unos seis.

—¿Está usted loco, querido?... ¿Cree usted que perderé un mes en el trayecto que necesitaria para llegar solamente á la ribera del rio Grande, cuando por el Talak-Chopko puedo llegar en una semana? ¡Oh! de ningún modo...

—No cabe dudar,—repuso Beines,—que sea cual fuere el mal que nos cause el camino entre el rio y el lago, llegaremos y volveremos mucho mas rápidamente. Además, el fuerte Center está en la direccion que seguimos, y aun quizás esté habitado...

—No, no lo está: me consta.

—Y bien, ¿qué nos importa? ¡En marcha!—dijo Beines.—Teme usted á los indios... Si nos

salen por el camino cargaremos sobre ellos... Yo voto por el Talak-Chopko...

—¡Yo tambien, pardiez! voto por el rio del Guisante.

—Les seguiré á ustedes,—repuso Rufo bajando la cabeza;—pero tengan presente que si ese rio fuese propicio á tal escursion, otros se habrian aprovechado de él antes que nosotros...

—Bien, bien; allá veremos.

Pocos dias despues el *Buena Suerte* anclaba junto á la isla de los Pinos, y pasando en seguida por detrás de la misma se acoderaba en la ensenada de Carlota para hacer sus últimos preparativos de viaje hácia el interior de la península.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

POR

Mme. CRAVEN.

(Continuacion.)

En aquella época, Lóndres estaba lleno de agentes de la policía francesa, encargados de vigilar las acciones de los emigrados, y de ninguna manera le convenia llegar escoltado de este modo al lugar donde se dirigia. Volvióse, pues, como acabamos de decir, y reconociendo al hombre que habia pasado cerca de él, á la entrada del parque, se fué derecho hácia el mismo, y se encontró cara á cara con el que le seguia. Aunque poco dispuesto á reir en aquel momento, le costó trabajo contenerse, al ver el rostro azorado y molesto del sugeto.

—¡Cómo! ¿sois vos, La Mothe? exclamó: ¡Alabado sea Dios! el cielo es quien os trae, pues me direis todo lo que quiero saber, y me evitareis el trabajo de ir mas lejos.

Como recordará tal vez el lector, La Mothe era el nombre del individuo en cuya habitacion tuvo Guillermo su última entrevista con el Marqués. Este sugeto se ocupaba principalmente en averiguar y hacer correr entre los emigrados las noticias que podian interesarles.

—¿Quién diablo creíais que os venia siguiendo? contestó La Mothe, luego que hubo tomado aliento.

—Me figuraba que era alguno á quien yo no queria enseñar el camino de vuestra casa, amigo mio: por eso, por vuestro interés iba tan de prisa al principio, y ese es tambien el motivo porque

me he detenido, muy oportunamente, pues tengo que hablaros.

—Yo lo mismo, dijo La Mothe. Al pronto no os conocí en la sombra... y estaba ansioso de veros, para deciros lo que sé sobre todo eso... me pesa saber si teníais noticia de alguna cosa más. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué despiadada y mala fortuna!

—La Mothe, dijo el Marqués; en detalle no sé nada, y quiero saberlo todo. Quedémonos aquí.

Sentáronse en uno de los bancos de piedra que de trecho en trecho había junto á la verja del parque, mirando antes á su alrededor; la acera estaba desierta por aquella parte. El Marqués continuó:

—¿Y las noticias son tan malas como se me ha hecho temer? Decidme todo lo que sepais.

—¡Malas! dijo la Mothe, lo mas malo que pueda suceder, pues me parece que á estas horas ya están todos presos, quizás juzgados, y hasta condenados.

—¡Todos! dijo el Marqués.

—Sí, todos, excepto dos.

—¿Dos?

—Sí, dos.

—¿Sabeis cuales?

—Sin duda; Aubrys y Saulny; he visto á Saulny, que ha vuelto, y hasta le he hablado.

El Marqués entendió confusamente las últimas palabras: una sensacion singular le habia hecho palpar el corazon y subir la sangre al rostro.

La Mothe continuó.

—La primera desgracia es lo que ha salvado á Saulny, pues á no ser por eso estaria como los otros, lo mismo que el pobre Guillermo; de modo que, bien mirado, le vale que sea lo que ha sido.

Reponiéndose el marqués, preguntó:

—¿Qué quereis decir?

—Digo que, para el desgraciado Guillermo, quizás ha sido mejor eso que no el cadalso... aunque sea en buena compañía.

—No os comprendo. ¿No acabais de decirme hace un instante que Saulny y de los Aubrys estaban en salvo y habían vuelto?...

—¡Vuelto! Saulny sí; pero de los Aubrys...

—¿No sabeis ningún detalle?

—Ya os he dicho que no.

—¡Que no! la Mothe, por Dios, hablad claro; acabaríais con la paciencia de un santo.

—¡Pues bien!... os lo diré: ¿sabeis dónde y cómo nuestros hombres contaban poner el pié en Francia?

—Sí, por la costa de Normandía; por el tajo.

—Justo, por el tajo de Biville, de trescientos piés de altura... ¡Da horror el pensarlo! ¿Y sabeis como se sube á tan escarpada cima?

—Ya lo sé, dijo el Marqués. Eso se ha hecho más de una vez: por medio de un cable congruosos nudos, segun creo.

—Sí, eso es; un cable atado en lo alto del tajo... Parece imposible, ¿no es verdad? que tanta gente haya podido subir por allí! Y pensar que haya sido uno de los mas diestros y atrevidos el que...

—Por favor, la Mothe, basta de interrupciones, dijo el Marqués con impaciencia. ¿Que es lo que ha sucedido? Al hecho, al hecho.

—Vamos, Villiers, no os enfadeis en este momento; tengo mucha pena y necesito que me dejéis contar tranquilamente esta triste historia, ya que no la sabeis. Os la contaré de cabo á cabo tal como me la ha referido Saulny. Parece, pues, que aquella noche hacia un tiempo espantoso, tan terrible, que al acercarse á la escarpada costa, todos, hasta el mismo jefe, fueron de parecer que era imposible intentar la escalada y que seria preciso aguardar al día siguiente. Entonces Guillermo exclamó que eso era perder un tiempo precioso, que si todos no podian esponerse por el tiempo que hacia, uno solo quizás podría aventurarse para dar aviso de su llegada á los que aguardaban arriba, á fin de que tuviesen paciencia; que él, como el más joven, y por lo tanto el mas ligero, y muy bien hubiera podido añadir el mas temerario de todos, pedía que le dejaran arriesgarse á subir. Se resistieron á ello largo tiempo; pero tanto insistió, que al cabo se decidieron á dejarle hacer. Se le dieron las principales contraseñas; se le ató al rededor del cuerpo un cinturon que contenia los papeles mas importantes y de mas inmediato interés, y se le dejó asir de piés y manos al malhadado cable, con ayuda del cual, en menos de un abrir y cerrar de ojos, fué perdido de vista...

Aquí el pobre La Mothe se cubrió el rostro, y dijo:

—¡Oh! esto es horroroso.

—¿Y qué mas? ¿qué mas? dijo el marqués vivamente conmovido.

—Pues bien, parece que en aquel momento, un espantoso vendabal, rebatiendo furiosamente en las rocas, obligó á retirar la barca para evitar que se estrellase. El viento soplabá de tierra felizmente para ellos, pero no para el desgraciado Guillermo, que se encontró dos veces elevado de

tal manera, que los de arriba le vieron tendido casi horizontalmente, agarrado, sin embargo, vigorosamente, pero en la imposibilidad de subir. Entonces, hicieron por su parte los esfuerzos mas desesperados para atraer hácia sí el cable á que estaba agarrado; pero luchaban con la tempestad, y esta era mas fuerte que ellos. Le vieron por tercera vez elevado de la misma horrible manera, pero esta fué la última... Solamente oyeron un grito, y todo concluyó.

(Se continuará.)

JARDINERÍA DE SALON.

VENTILACION.

No solamente reclaman las plantas el cuidado del riego y de la temperatura, sino que tambien necesitan que la pureza del ambiente que respiran les permita desarrollarse debidamente.

La ventilacion, pues, ó sea la renovacion del aire, será otra de las condiciones indispensables

que deberá tener muy presente nuestra *jardinera de salon*, si quiere que sus esperanzas no salgan fallidas.

No vamos á tratar científicamente de la ventilacion; los pormenores que creemos precisos á nuestro objeto se reducen á la mas sencilla expresion, y fácilmente podrán practicarse.

Para las plantas que se encuentran en aposento donde hay chimenea, nada tenemos que advertir, porque durante la estacion cruda, á medida que se calienta á aquella lo bastante, el aire que absorbe produce la ventilacion necesaria.

No coloques, sin embargo, lectora mia, las plantas en una sala donde la espresada chimenea haga humo, ó en local calentado por estufa, brasero ó cualquier otro calorífero por el estilo; pues tendrían poco aire, y sufrirían cierto malestar,

que podrás comprender si recuerdas el dolor de cabeza que padeces en un aposento en que se quiere quitar el frio por semejante medio de calefaccion.

Con todo, dirás acaso, en los invernaderos se calientan las plantas por medio de caloríferos y otros sistemas de tubos de calor, y á pesar de ello se ostentan lozanas y hermosas.

Es verdad; pero debes observar que á lo largo de los tubos de estufas hay otros de ventilacion, que traen continuamente al interior del invernadero

aire del exterior, calentado por su contacto con los tubos caloríferos, antes de mezclarse con el ambiente interior, renovado así sin interrupcion.

En una habitacion cerrada que se caliente por brasero ó estufa, no puede haber renovacion de aire por esta sola condicion, y de consiguiente resulta malo el aire que se respira allí, lo mismo para las personas que para las plantas.

Por lo tanto, cuando no haya otro remedio, será muy conveniente renovar el aire de la habitacion en que tengas las plantas, abriendo prudentemente las ventanas ó balcones, ó bien estableciendo corrientes de aire, si no con mucha frecuencia, por lo menos durante las mejores horas del dia.

En verano no hay necesidad de tomar ninguna de las indicadas precauciones, pues el deseo natural que tenemos de sentir aire fresco, en esa época del año, hace que tengamos abiertos los balcones y ventanas para que las habitaciones estén mas ventiladas, y por lo mismo las plantas tienen ya toda la suficiente cantidad de aire puro ó nuevo que podrían necesitar.

(Se continuará.)



Jardinera.

Derechos reservados.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

ESCRIPCION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.